

LEYES FUNDAMENTALES DE LA PEDAGOGIA CATEQUISTICA

Puede ofrecerse al catequista gran número de leyes que le guíen en el ejercicio de su misión.—El autor ha procurado simplificarlas hasta reducirlas a cuatro: Cristo es el único fundamento de toda catequesis. Presentación del Mensaje en su integridad: ley de totalidad. Integración de las realidades naturales y de las sobrenaturales en la catequesis. Adaptación.—Estos sencillos principios pueden constituir, para el catequista, como los cuatro puntos cardinales orientadores de su labor, que le permitirán también juzgar sus propias realizaciones y las de los demás

INTRODUCCION

Más que nunca se insiste hoy en no reducir la Pedagogía Catequística a un recetario, a una colección de fórmulas para todos los casos de apuro. Lo que interesa es, ante todo, la asimilación de los grandes principios de la catequesis. Una vez asimilados éstos, los procedimientos vendrán con holgura a solucionar cada situación concreta.

Sin embargo, tampoco puede descuidarse la metodología, y el caso es frecuente de personas preparadísimas doctrinalmente, que se encuentran en grandes apuros para transmitir con eficiencia a los «cristianamente niños» (los «rudes» que diría San Agustín) el contenido del Mensaje.

Intentar situarse en una zona de equilibrio entre los principios y los procedimientos catequísticos, tal es el *objetivo* a que apuntan las líneas que siguen.

Para ello, procuro, para buscar este equilibrio, reducir a su más simple expresión el número de leyes que nos ofrecen los libros y artículos consagrados al tema catequístico. No tendrían que ser demasiado pocas, lo cual supondría una generalización tal, que quedaría demasiado alejada de las aplicaciones prácticas; pero tampoco habrían de ser demasiadas, para no entorpecer la aplicación inmediata y simultánea de las mismas.

I.—EL UNICO FUNDAMENTO DE LA PEDAGOGIA CATEQUISTICA: JESUCRISTO

En la reseña del Congreso de Eichstätt, aparecida en la revista *Lumen Vitae*, en el número 4 de 1960, página 715, el P. Delcuve decía, comentando una ponencia del P. Grasso:

«Queda patente la importancia capital de las conclusiones sacadas por el P. Grasso después de un profundo estudio del Nuevo Testamento, sobre todo de los Hechos de los Apóstoles y de las epístolas de San Pablo: 1.º, el núcleo del kerigma es Cristo; 2.º, el núcleo del kerygma no es Cristo solo, sino «Cristo visto en la Historia de la Salvación»; 3.º, Cristo es el corazón, no sólo del kerygma, sino también de la catequesis del Nuevo Testamento; 4.º, Cristo en la Historia de la Salvación, tal es el centro de toda la predicación y de toda la liturgia en la Iglesia primitiva.»

Por desgracia, esta urgencia de situar a Cristo en el lugar que le corresponde en la estructuración de todo plan catequístico no brilla con bastante claridad en muchas realizaciones catequísticas, a pesar de que al catequista, de un modo especial, se le pide fidelidad a su Maestro, y más aún al dirigente catequístico.

Sería un argumento casi suficiente para subrayar este fallo posible el mostrar la esterilidad de ciertos métodos desenfocados desde su base, patentizando así hasta qué punto el que no recoge con Cristo, desparrama, y que sin El nada se puede esperar; pero como estas posiciones defectuosas suelen provenir: a) o de *poca maduración* de las verdades básicas que esclarecen el papel de Jesús en la catequesis; b) o bien de *titubeos en las aplicaciones* concretas, voy a presentar brevemente algunas ideas sobre estos dos puntos en los apartados siguientes.

1. *El porqué de la necesidad de fundar explícitamente la Pedagogía Catequística en Jesucristo.*

Argumento bíblico. — Podría aducirse la palabra de Jesús en Jn 10, 9: «Yo soy la puerta»; en el versículo anterior, afirma Jesús que todos los que no han entrado por El son ladrones y bandidos, pero las ovejas no les han seguido.

Habría que acercar a esta afirmación la del sermón de la Cena, en Jn 14, 5: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por Mí.»

A estas afirmaciones de Jesús pueden añadirse dos testimonios

de San Pablo. Uno, en Gál 1, 8-9, que es como el *leit-motiv* ideológico de la epístola: «Si yo mismo, si un ángel venido del cielo os anunciara un evangelio distinto del que nosotros os hemos predicado, ¡sea anatema!»

Cuál sea el evangelio que él predica y vive, lo dice un poco más lejos, en 2, 15: «Por la Ley he muerto a la Ley para vivir para Dios: estoy crucificado con Cristo. Y si vivo, ya no soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí. Mi vida presente en la carne la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me ha amado y se ha entregado por mí.»

Pero otra afirmación más clara aún en este sentido nos la ofrece el Apóstol en 1 Cor 3, 11. Después de presentar el papel de los predicadores, analiza su propia labor catequístico-pastoral, y concluye: «Según la gracia que me ha sido dada, como buen arquitecto, he colocado el fundamento. Otro construye sobre él. Pero que cada uno ponga cuidado sobre el modo cómo construye. Pues nadie puede colocar otro fundamento que el que ya está colocado, Jesucristo.»

A raíz de estas afirmaciones de San Pablo, debería recordarse la doctrina de la Piedra angular, señalada por el mismo Jesús en momentos capitales de su predicación, recogiendo las afirmaciones de los Salmos y de Isaías, doctrina que será luego explanada por San Pedro y por la literatura cristiana de los primeros siglos.

Otros argumentos.—No para reforzar a los precedentes, que no lo necesitan, por cuanto brotan de la palabra de Dios, sino para completar la visión de la misma verdad mirándola desde ángulos distintos.

En toda ciencia, el objeto de la misma condiciona el método. Por ello resultaría inexplicable que una pedagogía catequística, que se orienta necesariamente a lograr el «vivir en Cristo», no tuviera a Cristo en el centro de sus cavilaciones ya desde el punto de partida, cuando se empiezan a esbozar los caminos por los cuales va a discurrir el método catequístico.

Además, conviene utilizar en catequesis la tendencia esencial del espíritu humano a sintetizar, a unir todo alrededor de centros que se van jerarquizando y simplificando. Conviene aprovechar y satisfacer esta necesidad profunda de reconciliar la pluralidad en la **unidad sin destruir la diversidad** —imagen del obrar de Dios impresa en nuestras estructuras mentales—. Y, ¿qué mejor centro de

cristalización que Cristo, el Verbo para quien han sido hechas todas las cosas?

Cristo, como centro de integración, es garantía de solidez para la obra catequística y, al mismo tiempo, orienta hacia progresos ilimitados.

Podría quizá apuntarse a partir de aquí un principio metodológico-catequístico: La primera cosa es el kerygma puro, el contacto del alma con Jesucristo, el primer encuentro.

A partir de aquí hay una vocación a un progreso indefinido, sin límite posible.

Pero la condición esencial para que este progreso sea auténtico es que toda nueva adquisición (me refiero al contenido del Mensaje) cristalice alrededor de la Piedra angular.

El Símbolo de la Fe es el programa de la catequesis desde los primeros tiempos de la Iglesia, y también desde entonces, el centro del Símbolo es Cristo. Y no sólo es Cristo el centro del dogma, sino también de una moral que se quiera cristiana, y no menos de la liturgia, por ser Cristo el Sacramento por antonomasia.

2. *Algunas orientaciones prácticas.*

No pueden ser sino relativamente prácticas. Sin embargo, las llamo así en cuanto son una invitación a llevar a la práctica lo afirmado más arriba.

Como primer paso, habría que proponer el convencimiento del propio catequista; pero un convencimiento siempre a flor de acción, en equilibrio inestable hacia la acción.

Es como un acto de fe, un como paso en el vacío que a veces tendrá que dar el catequista, cuando intente colocar a Jesús en todas las etapas de su caminar catequístico. Jesús podría decirnos, a veces, como a Pedro: «Ahora no comprendes... Comprenderás más adelante.» A veces, en nuestros catecismos tardaremos en comprobar que el haber situado en primer plano destacado, y con tanta insistencia, a Jesucristo produzca algún fruto especial; pero ahí es donde se pide al catequista fe real en las afirmaciones de Jesús: «Sin Mí, nada podéis...», y fidelidad al Maestro, como se dijo más arriba.

Es la línea señalada en el capítulo 11 de la epístola a los Hebreos.

Esta fe, hecha convicción práctica, hará que se sitúe a Jesús en el centro de programas y lecciones. Cualquier verdad, cualquier dogma, deberían relacionarse, de una manera u otra, con Jesucristo.

Ello permitirá al catequista sobrevolar con serenidad el amon-tonamiento de programas y métodos, leyes y fórmulas que desde libros y revistas le agobian a veces, más que le ayudan.

Podría decirse —matizando los términos cuanto sea necesario— que Jesús «es» la catequesis, en cuanto que el contenido de la catequesis es El, sus palabras y sus acciones, y en cuanto El está en el punto de partida, en el punto de llegada y a lo largo del camino en el alma tanto del catequista como del catequizado.

Jesús nos ha revelado el «quid Deus sit». La doctrina sobre el Padre, tal como nos la ofrece Jesús, es una fuente catequística inagotable, tanto por el contenido como por el método. Lo mismo dígase de su catequesis de la Trinidad: este presentarnos siempre a las Personas divinas con alguna relación afectiva hacia aquellos que le están escuchando, de tal modo que nunca aparezcan el Espíritu o el Padre como algo frío y lejano para el catequizado...

Y tan ricas como las palabras de Jesús son sus acciones. Así como Dios en el Antiguo Testamento se expresó por sus palabras y por sus «gestos», así Jesús, en la nueva etapa de la Historia de la Salvación. Y es peligro posible para el catequista el que explique, sí, las palabras de Jesús (sus parábolas y discursos), pero olvide destacar el contenido doctrinal de sus acciones, que son, como toda su Persona, sacramento de reconciliación.

En el punto de cruce de las acciones y las palabras de Jesús, un tema de interés especialísimo para el catequista son los métodos de Jesús.

Ante todo, el gran principio del «Testimonio»: Jesús ha sido el Enviado, el ángel, el apóstol, el mártir, el testigo del Padre, dando a cada palabra su pleno sentido etimológico.

Ello invita al catequista a seguir a Jesús por este camino: Hacer de su catequesis un testimonio de Cristo; con ello logrará desde el principio una catequesis viva, en la cual toda su persona quedará «comprometida». Y esto con la seguridad que le da la palabra de Jesús: «Como mi Padre me envió, así yo os envío a vosotros.»

No sólo el fondo, sino aun la forma de la catequesis le vienen dadas por la palabra de Jesús: «Yo he venido para dar testimonio (forma) de la verdad (fondo).»

A fuerza de prestar su palabra y su persona a Jesús, para engendrarle almas por la fe, el catequista irá comprendiendo hasta qué punto él «es» Jesús; él es el signo privilegiado de Cristo ante sus

catequizandos; no podrá evitar que la imagen que ellos se formen de Cristo vaya matizada con rasgos de su propia personalidad.

Y poco a poco, cuanto más se vaya acercando el catequista a Jesús, la distancia entre el signo que es y la realidad que es Cristo irá disminuyendo, y el paso del catequizado hacia el único centro de toda catequesis, que es Jesús, se irá haciendo con mayor holgura. Sólo en este sentido debería decirse que un catequista progresa auténticamente.

II.—SEGUNDA GRAN LEY CATEQUISTICA:

LEY DE TOTALIDAD

1. ATENTADOS A LA LEY DE TOTALIDAD.

Por falsificación.—Podría recordarse aquí la frase de Voltaire citada por el P. Bouyer: «Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, y éste se lo ha pagado con creces.»

Al oír a distintos catequistas, queda a veces la impresión de que predicán a dioses distintos. En unos parece tratarse de un Dios algo misántropo; en otros, de un Dios muy bueno, sí, pero algo débil: su creación se le escapa; en otros, de un Dios inconsecuente consigo mismo y arbitrario en sus imperativos.

Es inevitable cierta matización-filtraje del dato revelado; lo fundamental quedará salvo quizá, pero los detalles aparecerán variadísimos, empezando por la asimilación que de ellos ha hecho el propio catequista.

En cierto sentido etimológico, somos, a veces, algo herejes: recortamos el dato revelado según nuestras tendencias, gustos, criterios, formación, etc.

Por simplificación injusta.—Queda claro que uno que niega la doctrina de los sacramentos o que no reconoce en Jesucristo sino la naturaleza humana, atenta contra la ley de totalidad por simplificación injusta.

Pero el catequista está más expuesto de lo que cree a otras mutilaciones del dato revelado, mucho menos evidentes.

Peligro de simplificación injusta será el querer terminar la catequesis en la presentación del Símbolo. El Símbolo es un compendio, y en todo compendio la verdad necesariamente sufre; es práctico y aun necesario, pero jamás podrá ser un «summum»: es un camino abierto en una dirección exacta, como también es exacta la

posición del que cree que Jesucristo es el Hijo de Dios, sin conocer otra verdad religiosa; pero esto, con ser el núcleo del kerygma, es y no es suficiente.

El catequista ha de comprender que la verdad poseída por el hombre es siempre un «resumen» de LA VERDAD, hacia la cual el cristiano estará siempre en marcha.

El trabajo del catequista está en ir enriqueciendo sin cesar en cantidad y contenido las nociones del Símbolo. De ahí error por simplificación si no se comprendiera que el Credo es tan sólo una etapa provisional, aunque necesaria; que no se podrá nunca decir cosa distinta de lo que allí se encierra, pero que nunca podrá agotarse el contenido de LA VERDAD que el Espíritu Santo ha puesto en él, y que la Iglesia ha recibido misión de conservar, transmitir y desarrollar.

Por desequilibrio.—Puede ocurrir que en una catequesis la verdad no sufra por falsificación, ni por simplificación, y que, sin embargo, tampoco quede satisfecha la ley de totalidad; y esto ocurre cuando no se respeta la jerarquía de las verdades: se da a todas la misma importancia, o se presentan como de primer orden verdades que no lo son.

Cada catequista tiene sus preferencias: la formación ascética ha sido distinta para cada uno; la vida espiritual de cada uno está más o menos estructurada alrededor de tal o cual dogma fundamental, etcétera.

El peligro nace cuando uno centra su catequesis en una verdad que no es suficientemente centro. Ahora bien, si cuando el punto de partida ha sido óptimo —como es de suponer en la formación religiosa del catequista—, fácilmente nacen desenfokes a lo largo del caminar ascético, ¿qué ocurrirá en los catequizados, necesariamente ignorantes en materia religiosa, si el punto de partida lo reciben ya defectuoso...?

No basta, pues, que las verdades se respeten en su contenido y en su número; es necesario que cada una ocupe el puesto que le corresponde en la jerarquía de valores doctrinales, y ésta nos será dada por el criterio de Jesucristo.

2. ENUNCIACIÓN DE LA LEY DE TOTALIDAD.

«Recibir» según el criterio de Jesucristo todo lo que Dios ha revelado. Esto supone que damos a la palabra «recibir» el sentido que tiene en el prólogo del Evangelio según San Juan (1, 11-12).

Para el catequista podría enunciarse así el mismo principio: «Anunciar» según el criterio de Jesucristo todo lo que Dios ha revelado. Se da aquí a la palabra «anunciar» un valor semejante al que Jesús le daba al final del Evangelio según San Marcos (16, 15).

Corolarios.—La amplitud de esta ley de totalidad hace resaltar la importancia del Magisterio para la orientación de la catequesis; tanto el conjunto de la catequesis como el catequista en particular han de apoyarse en él para tener alguna garantía de permanecer fieles a la verdad en medio de tantos peligros de atentar contra ella por falsificación, simplificación o desequilibrio.

La amplitud de esta ley hace sentir al catequista la inmensidad del campo que se abre a su celo. Su formación teológico-bíblica no puede estar nunca terminada.

Pero todo ello resultará problemático, si se descuida la primera ley, que invita a tomar a Cristo como único fundamento; las interferencias, errores, desequilibrios, serían entonces continuos e inevitables.

3. EL PRINCIPIO DE TOTALIDAD EN LA CATEQUESIS DE LOS APÓSTOLES.

Antes de transmitir a sus catequizados esta totalidad del Misterio, el catequista ha de haberse familiarizado en manejar las grandes síntesis, completas y variadas, de la Obra de Dios, que nos presenta en abundancia la doctrina de los Apóstoles. Tendría que poder hacer suyas las palabras de San Pablo en Efesios 3, 2-4: «Supongo sabéis cómo Dios me concedió la gracia que se me ha confiado para vosotros, dándome por revelación el conocimiento del Misterio, tal como acabo de exponérselo en pocas palabras: al leerme, podéis daros cuenta de la inteligencia que tengo del Misterio de Cristo.»

En todas sus epístolas, especialmente quizá en ésta a los Efesios, causa admiración esta capacidad de abarcar el conjunto del Misterio desde multitud de ángulos distintos: la síntesis es siempre total, y del único invariable Misterio, pero la presentación es siempre distinta.

Lo mismo se diga de los demás Apóstoles y, de modo también admirable, de San Juan.

Para no dar sino un ejemplo, podríamos pararnos en la I de Pedro: en sus cuatro capítulos contaríamos más de quince de esas síntesis a modo de fogonazos que permiten abarcar de golpe todo el panorama de la Historia de la Salvación. Por ejemplo, en 1, 2: «Elegidos según la presciencia de Dios Padre, en la santificación del Espíritu para obedecer a Jesucristo y ser rociados de su san-

gre.» Todo lo dogmático, lo moral y lo litúrgico en unas pocas palabras y sobre un fondo de Historia de la Salvación.

Y lo mismo se vería en 1, 3-4; 1, 18-20; 1, 22; 1, 23; 2, 9; 3, 21-22, etcétera.

Esto invita al catequista a que también él logre realizar las grandes síntesis fundamentales; por ejemplo, la de ambos Testamentos en Jesucristo, abarcando la Economía del Designio de Dios desde la Creación hasta la Escatología.

Quizá sea ésta una de las cualidades que se requieren, ante todo, del catequista, cualidad poco subrayada en general y, sin embargo, indispensable.

Esto supone un conocimiento tal del Designio de Dios, que le permita abarcarlo y presentarlo con agilidad y seguridad desde múltiples facetas. Este sería quizá el índice de madurez intelectual-cristiana, la clave de la auténtica cultura religiosa, que debería tenerse más en cuenta al examinar a los futuros catequistas.

4. ALGUNAS REFLEXIONES DE REPASO DE CARA A LA PRÁCTICA.

a) *Relación de esta ley con la precedente.*—Podría insistirse en las relaciones de esta ley de totalidad con la primera expuesta: el único Fundamento. Del mismo modo que un conjunto de piedras no constituye un edificio, si les falta la debida relación a la «idea» del arquitecto, así todas las verdades del Símbolo, por desarrolladas que estén, no hacen el dogma cristiano, si les falta la relación al Verbo de Dios: esto condiciona toda la catequesis.

Y esto no basta que esté en la mente del catequista; ha de lograr injertarse en el que cree; si no, su religión será todo lo espiritualista que se quiera, pero no cristiana.

b) *Revisión de algunos fallos posibles.*

Por desvirtuación.—Viene el fallo cuando uno concede excesivo tiempo a sus temas favoritos, recortando el tiempo que debiera dedicar a otros temas que quizá sean mucho más importantes. El tiempo que se consagra a las cosas, fácilmente traduce juicios de valor que son asimilados más o menos conscientemente por los catequizados.

Ocurre también que se tratan con gran calor de afecto temas secundarios, reservando quizá un tono académico para asuntos de importancia capital.

También sería fallo el que los ejemplos presentados indujeran

a error o confusión histórica, caso muy frecuente en la hagiografía que asimila el oyente sencillo.

Habría que hacer notar, además, que la disposición de cuadros o estatuas religiosas en capillas y clases puede ser fuente de errores para el niño, que valora, a veces, simplistamente las cosas por el tamaño, color, etc.; errores sepultados en el subconsciente, y difíciles, por ende, de desarraigar más adelante.

Fallos por simplificación.—La catequesis, del punto de vista noético, es la enseñanza elemental, aunque completa, del contenido de la Revelación; sería, pues, erróneo creer que es una enseñanza suficiente. Será suficiente «como catequesis», pero no como ciencia religiosa del cristiano adulto.

La enseñanza catequística deberá, pues, desembocar en una enseñanza superior, y jamás dejar la impresión al catequizado de que ha terminado su instrucción.

Otro fallo por simplificación sería el reducir la catequesis a la sola enseñanza, ya que la enseñanza es sólo el aspecto noético de la catequesis. Ahora bien, la catequesis es Pedagogía de la Fe; y si es verdad que ésta incluye lo noético como parte esencial, también lo es que va mucho más allá, del mismo modo que la educación va mucho más allá de la instrucción.

Fallos por desequilibrio.—Un fallo por desequilibrio será, por ejemplo, el no lograr establecer la relación exacta entre ambos Testamentos. Somos, a veces, quizá algo marcionitas inconscientes al dejar entrever unas irisaciones severas en el Dios del Antiguo Testamento, frente a la aurora de misericordia del Dios del Nuevo Testamento, en vez de mostrar la continuidad y progresión de la Obra de Dios y su unidad perfecta en Jesucristo.

III.—TERCERA GRAN LEY CATEQUÍSTICA: LEY DE INTEGRACION

1. PRESENTACIÓN DE ESTA LEY O PRINCIPIO.

Tratándose de un espíritu, más que de una ley o principio, puede decirse que se trata de aquel espíritu de pacificación que busca el modo cómo conciliar los extremos... en las ideas, en los pueblos, etcétera. En los hombres que se enfrentan, en muchas cosas que parecen opuestas, casi siempre se ocultan valores complementarios que permiten unirlos orgánicamente en un todo, de tal manera que cada parte quede enriquecida con esta síntesis.

El peligro está en dejarse deslizar hacia un relativismo doctrinal, haciendo de la verdadera religión una suma de los bienes de todas, o hacia un irenismo cobarde que mutila la verdad por razones afectivas u otras, o en un integracionismo filosófico que deja fluctuante la zona de la verdad, poniéndola en un equilibrio inestable entre los extremos de cada doctrina.

Precisando esto, habría que indicar que este espíritu de integración, tal como se entiende aquí, es una tendencia que lleva a liquidar toda clase de rupturas en todos los órdenes en que ello sea posible.

Aplicado a lo pedagógico, hace que el educador se preocupe por la continuidad de todos los pasos de la obra educativa. Y en la Pedagogía de la Fe —que es toda catequesis— ocurre algo muy semejante.

Este principio se aplica a todos los grados de lo natural y de lo sobrenatural, y a todos los contactos entre ambos órdenes. Tiende a obtener la unidad en la vida, en la persona y en la sociedad.

Puede vislumbrarse, pues, su importancia y la delicadeza de sus múltiples aplicaciones.

Podríamos definir este principio de integración como un espíritu que lleva a obtener la máxima unión entre todo lo que tiene potencia para ser unido, pero sin destrucción ni confusión de ninguna de las partes.

Espíritu y materia, divinidad y humanidad, virtudes naturales y virtudes sobrenaturales, etc.

Es evidente el *interés catequístico* de esta ley. El injerto de un órgano exige cierta connaturalidad entre lo que se añade y el sujeto receptor; algo así ocurre en la obra de la evangelización: no basta con suscitar la extrañeza, impresionar; ha de haber un interés y deseo, un como apetito, que no nacerá sin el reconocimiento implícito por parte del sujeto de que aquello que se le presenta le concierne y le interesa. Podría decirse que lo que se alumbraba en el catequizado guarda siempre cierto grado de parentesco con él mismo.

Buscar estas afinidades profundas entre el modo de ser *hic et nunc* del catequizado y el contenido del Mensaje será labor importante y difícil del catequista. Será esto uno de sus mayores éxitos, saber descubrir qué puede haber de común entre los dos polos que quiere reconciliar, nada menos que entre lo humano y lo divino, entre lo natural y lo sobrenatural, entre el orden espiritual y el orden material.

La dificultad principal estará quizá en lograr que en el vaivén analítico entre los dos polos de cada grupo de elementos, el espíritu no se pare antes de realizar la síntesis.

La comodidad, la pereza, la cortedad de miras, se aúnan para instalar al catequista en esta especie de herejía intelectual.

2. LA LEY DE INTEGRACIÓN Y JESÚS.

Integración y palabras de Jesús.—Para comprender de un vistazo hasta qué punto Jesús ha integrado en su enseñanza lo natural y lo sobrenatural, bastaría presentar en doble columna, de un lado, las realidades «naturales» citadas por El, y del otro, las realidades «sobrenaturales» a que estos elementos se referían o de que eran signo. De un lado, las plantas, las piedras, el agua; los animales: el lobo, el cordero, los gorriones y los cuervos; el sol, los vientos, las nubes, las estrellas, el mar, los ríos y los peces; y luego, los hombres: reyes y súbditos, soldados y negociantes, hombres, mujeres y niños, pobres y ricos...; todos ellos han sido tomados amorosamente por el Hijo de Dios de entre las realidades en que vivían inmersos sus oyentes.

Y casi cada una de estas realidades ha quedado consagrada, para ser un como sacramento de realidades trascendentes del Reino: la semilla y la palabra de vida; el padre y Dios Padre; el viento y el Espíritu; el agua y la fuente de vida; el cordero y la Víctima de propiciación; los pastores y el Pastor; las piedras y la Piedra; el templo y su Cuerpo; el pan y la vid, y su Cuerpo y su Sangre...

No sólo integra Jesús las realidades naturales en su doctrina de salvación, no sólo toma un método, las parábolas, que es pura integración de varios órdenes de valores, sino que aun se da el hecho de que su mismo lenguaje religioso está tomado del lenguaje religioso común de su época: el cielo, Dios, la gehenna, el pecado, la justicia, la fe, etc., fueron tomados por El con un sentido de base que ya tenían en su ambiente. Jesús no ha creado un vocabulario teológico suyo; ha utilizado el que ya existía, abriéndolo, naturalmente, a las más excelsas perspectivas teológicas. La gente de su tiempo le entendía, pero no podía sospechar las avenidas que aquellas palabras dejaban abiertas.

Integración y persona y acción de Jesús.—Esta integración máxima de lo humano y lo divino en Jesús fue la piedra de escándalo contra la cual iba a chocar el mundo: bastaría evocar aquellas palabras de los oyentes de Jesús: «¿No es éste el hijo de José, del

cual conocemos al padre y a la madre? ¿Cómo puede ahora decir: "He bajado del cielo"?» (Jn 6, 42).

Varios intentos de muerte arrancarán del mismo motivo, por ejemplo, cuando Jesús pregunta a sus adversarios: «¿Por qué buena obra queréis apedrearme?», y ellos le contestaron: «No te apedreamos por ninguna buena obra, sino por una blasfemia, porque tú, no siendo sino un hombre, te haces Dios» (Jn 10, 32-33).

Y ésta será la causa de su condenación definitiva por las autoridades religiosas de su pueblo: no creyeron posible esta integración cumbre de Dios que se hace hombre.

Profesión de fe y principio de integración.—A partir de entonces, la historia de las más peligrosas herejías ha seguido con la misma incapacidad de reconocer la integración en Cristo de estos dos órdenes de valores: o disminuyen lo humano, o disminuyen lo divino; pero el único y verdadero Dios, hecho hijo del hombre, sigue siendo la piedra de escándalo.

Y, por el contrario, el núcleo del kerygma, el acto de fe que justifica, radicarán en reconocer y aceptar este misterio de integración, cual es el creer que Jesucristo es el Hijo de Dios hecho hombre: verdadero Dios y verdadero hombre.

Jesús, modelo del catequista.—Este modo de ser y de obrar de Cristo habrían de inclinar al catequista a no querer divorciar u oponer dos órdenes de valores tan distintos como son lo humano y lo divino, lo natural y lo sobrenatural.

Jesús ha mostrado en toda su vida cómo aceptaba todos los verdaderos valores humanos: amistad, sumisión, cortesía, salud, trabajo, familia... Ha dado, sí, la clave para una auténtica jerarquía entre todos estos valores. Jesús creció en edad y en gracia ante Dios, pero también ante los hombres; ha sido puesto por el Padre como el primogénito de toda la Creación para que aquél resulte más cercano a Dios que más se acerque a este Hombre.

3. APLICACIÓN DE ESTA LEY A LA CATEQUESIS.

Una de las grandes ventajas catequísticas de esta sacralización de las realidades del mundo es que, viviendo el catequizado inmerso en lo natural, le será más fácil al catequista empapado de este espíritu remontarse con su oyente hacia lo alto, sin rupturas innecesarias y antipedagógicas, y esto por conocer algo los caminos que relacionan ambos mundos.

Un ejemplo que puede ilustrar lo mucho que el catequista necesita ejercitarse en dar sin rupturas los pasos obligados lo pueden observar fácilmente los que tienen alguna práctica de la catequesis: se trata de la caída vertical de la atención que se produce cuando el catequista acaba de narrar un «hecho» en plan de ejemplo, o una comparación que ha cautivado al público, y luego intenta hacer la «aplicación», hacer pasar del «hecho» al «Misterio», «de lo visible a lo invisible»: la atención del grupo se evapora instantáneamente y es posible que el catequista intente toda clase de soluciones para remediarlo, desde el pasarse el tiempo contando «historias» hasta la queja o el reproche contraproducentes.

Por un lado, si falta el tema interesante de partida, el público se queda, en general, fuera del tema ya desde el principio; pero si luego no se logra desprenderse del terreno puramente «natural», faltará la transmisión de lo esencial del Mensaje.

Si, por otra parte, se hace el salto de un terreno al otro sin integración, se habrá yuxtapuesto dos mundos que seguirán en la mente del catequizado como dos realidades sin relaciones mutuas: la vida «práctica» y la vida cristiana no se encontrarán.

El camino de solución estará en procurar que los ejemplos e historias escogidos lleven en germen la aplicación catequística que deseamos sacar de ellos; que estén en tensión latente hacia su aplicación.

Y éste no es sino uno de tantos casos como se cruzan en el camino de la educación de la fe.

El catequista ha de acostumbrarse a unir los dos mundos: el sobrenatural, que le empapa a él y le permite acercarse con espíritu de eucaristía al mundo de las realidades naturales; y el mundo natural, en medio de cuyas bellezas vive inmerso y cegado el catequizado: el catequista le trae la luz de la fe, no para separarle del mundo, sino para que lo vea todo con luz nueva, la luz de Cristo, que es la Verdad.

Todo el mundo, hasta el mundo del pecado, está clamando por Jesucristo y proclamando a Jesucristo... Pero el catequista ha de haberlo convertido en criterio suyo.

IV.—CUARTA GRAN LEY CATEQUISTICA: LEY DE ADAPTACION

1. CONCEPTO DE ADAPTACIÓN.

Cuando una emisora lanza su mensaje, su programa de noticias o la propaganda de tal producto, empezará por asegurarse de que la emisión está en condiciones de llegar con eficacia a sus oyentes. Esto supone para la estación emisora un esfuerzo de adaptación serio e inteligente. De no haberlo realizado, el mensaje hubiera quedado sobre el papel o flotando por el espacio.

No hay duda de que buena parte de las posibilidades del Mensaje cristiano quedan muertas porque algunos evangelizadores no se han dado la molestia de buscar los medios más oportunos para hacerlo llegar a su destino.

El remedio no estará, sin embargo, en cualquier clase de adaptación, ya que la Iglesia no depende, ante todo, en la dispensación del Mensaje, de los hombres a quienes es enviada, sino de Dios, que la envía; de ser lo primero cierta clase de adaptación o diplomacia, la Iglesia no tendría ni un solo mártir. Conviene, pues, precisar lo que aquí entendemos por adaptación.

Ante todo, conviene apartar un primer equívoco que acecha al catequista dispuesto a hacer llegar efectivamente el Mensaje a su oyente: el creer que adaptarse significa «gustar».

Aquí por «adaptarse» entiendo más bien suscitar el interés; éste ha de ser el primer paso; logrado éste, por medio de la integración, podrá quizá llegarse a hacer resonar con autenticidad la Palabra de Dios en el catequizado.

Puede, a lo mejor, existir el odio, y haberse logrado, sin embargo, la adaptación, por haber dicho exactamente en tal caso concreto lo que más convenía; el odio es ya una forma de interés: ha habido una reacción, la persona se ha dado por aludida, ha reconocido una relación existente; el apóstol podrá llegar quizá por aquí a la evangelización auténtica y **modificar el signo de la relación desfavorable primera.**

La primera cosa es crear un campo para el diálogo... Lo peor, dejar indiferentes.

Si el espíritu de adaptación no logra este primer fulgor de interés en el que escucha, la puerta permanece cerrada al Mensaje: se trata de lograr la cabeza de puente que permita el desembarco de la verdad total en el alma. Sin ello, el Mensaje estaría vibrando

a las puertas del corazón como rayos de luz que chocan contra ojos ciegos.

La sal de la tierra y la luz del mundo podrán ser incomprendidos, pero han de llamar la atención, han de imponerse a la consideración de los hombres.

Una aclaración.—Una nota característica de esta adaptación de signo cristiano será que el primer paso venga de arriba, del «mejor situado». En nuestras relaciones sociales, solemos exigir que el de menor categoría se adapte a las exigencias o privilegios del mejor situado, como requisito para entablar una relación...

No ha sido así entre Dios y el hombre: Dios no ha empezado por pedir al hombre que se adapte a su Ser infinito, Dios ha tomado la forma de esclavo, y mediante ello ha logrado que el hombre se someta con amor (que es una adaptación en profundidad) a Dios.

«Así ha de ser entre vosotros», dice Cristo a sus Pastores; ello les da garantía de fecundidad, al estar copiado sobre el obrar de Dios.

Esto nos invita a dar un vistazo a este obrar de Dios.

2. LA CONDUCTA DE DIOS.

Desde el Antiguo Testamento.—Dios ha cumplido lo que acabamos de insinuar: el movimiento parte del «mejor situado». Y es que no puede haber efecto superior a su causa, y en esta empresa divinizadora que es toda la Historia de la Salvación, Dios era quien podía decir la primera palabra. El creó el orden natural, del cual se sacan las leyes de toda pedagogía; y El mismo quiso ser el primero en observar estas leyes: pasando con paciencia de siglos de lo conocido a lo desconocido, fue educando a su Pueblo para hacer de un puñado de seminómaditas, la Iglesia Santa de Dios. Como el primero de los educadores de párvulos, Dios supo hablar nuestro lenguaje balbuciente... Al lado de esta conducta de Dios, siempre será poca cosa el esfuerzo del hombre más brillante para ponerse al nivel del más rudo catequizando.

Pasamos horas estudiando los métodos de los catequistas de los últimos años, y olvidamos quizá las lecciones maestras de Dios desde la fundación de su Pueblo, y especialmente las de Jesús.

Por esto vamos a dar una mirada al significado de estos gestos de adaptación realizados por Jesús, como culminación de una línea catequística ya marcada con fuerza en todos los primeros pasos de la Historia de la Salvación.

Es importante insistir en ello, porque se trata del primer paso,

cronológicamente, de toda catequesis; de fallar éste, los caminos quedan cortados; y es, sin embargo, el paso que más cuesta dar, y que muchos catequistas, cargados quizá de buena voluntad, no dan nunca.

En el Nuevo Testamento.—A buen seguro que muchos doctores de la Ley calificaron de poco serio el proceder de Jesús, cuando se subió a una barca y desde allí se puso a predicar al público apretujado en la orilla: resultaba práctico, pero, sin duda, no era tradicional... Y así, unas veces en un prado y otras en una sinagoga o en el Templo, unas veces de camino y otras estrujado por la multitud en un sendero polvoriento, o sentado junto a un pozo, Jesús iba transmitiendo a la humanidad lo que sólo él vio en el seno del Padre.

Los testigos de todo ello recogieron este proceder de Jesús, y se escribió para lección perpetua de todos los catequistas, para que se hicieran una idea de los límites que podían otorgar a la condescendencia para con el público.

Podría aún estudiarse el espíritu de adaptación en el contenido de lo que Jesús expone: según que hable a Pilatos o a Caifás, a los fariseos o al pueblo, a un hombre que busca de buena fe, a otro que pone condiciones, a uno que quiere ponerle a prueba, etc.

Jesús se adaptó en el hablar, en el obrar y en su misma naturaleza humana, ya que supo revestirse de ella con tal naturalidad, que sus mismos paisanos quedaban desconcertados al verle realizar obras extraordinarias: «¿No es éste el hijo del obrero...?»

Esta es la gran puerta que queda abierta ante el catequista y que se llama «encarnación»: el catequista no renuncia a su madurez, pero esto no le impide hacerse todo a todos.

Para él, no adaptarse sería rehusar, en cierto modo, los términos del diálogo que Dios le propone, ya que las circunstancias concretas del público al cual se dirige le son ofrecidas por Dios. No le toca a él fijar condiciones.

3. LA CONDUCTA DE LA IGLESIA.

Los Hechos de los Apóstoles.—El que abre caminos nuevos ante la faz asombrada de la Iglesia es el Espíritu Santo: Pentecostés y el prodigio de las lenguas parecía insinuar a los Apóstoles una perspectiva de adaptación. El paso decisivo iba a darlo Pedro, como él mismo lo reconocía ante Cornelio: «Ya lo sabéis —dice a los

reunidos en casa del centurión—, está terminantemente prohibido a un judío participar con un extranjero o entrar en su casa. Pero Dios acaba de mostrarme a mí, que no hay que llamar a ningún hombre manchado o impuro» (Act 10, 28).

El Espíritu Santo sigue empujando por este camino a los primeros discípulos, sorprendidos por tanta ruptura de tradiciones multiseculares; algunos de ellos están profundamente preocupados: se reúne el concilio de Jerusalén y resuelve el conflicto según un espíritu de catolicidad.

A lo largo de la Historia de la Iglesia.—Desde entonces, a través de los siglos, puede decirse que muchos de los pasos decisivos en el caminar de la Iglesia han sido dados gracias a este impulso, siempre renovado, del Espíritu Santo, que obliga a su Iglesia a contestarle por este simple gesto de adaptación, para permanecer fiel a los principios que constituyen su dinámica interna.

La Sociología Pastoral, cuando se acerca a la vertiente teológica de esta adaptación pastoral de la Iglesia, deja patente la modalidad de este caminar.

Ningún Padre de la Iglesia habrá aconsejado tanto al catequista como San Agustín que le imite a él en este esfuerzo de adaptación. Después de haber dado unas normas en este sentido en la primera parte de su *De catechizandis rudibus*, añade al principio de la segunda parte: «Debemos a todos la misma caridad, pero no es esto razón para suministrar a todos el mismo remedio. Del mismo modo, la caridad engendra a unos, se hace flaca con los otros. A unos, acaricia, con otros se muestra severa; para nadie es enemiga, para todos es madre.»

Luego, el santo se queja con mansedumbre de algunos que creen se goza él con sus propios éxitos catequísticos; pero, dice, es, sin duda, porque no han hecho la experiencia de lo que cuesta esta adaptación.

En la hora presente.—Saltando de lo más particular (esta adaptación de cada instante que hemos visto en San Agustín) a lo más general, hallaríamos el ejemplo de cómo la Iglesia sigue fiel a esta línea que le trazó Dios ya en el Antiguo Testamento, y que el Espíritu Santo exigió de los discípulos desde los albores del cristianismo, en la convocación del Concilio Vaticano II y en la orientación de los trabajos preparatorios. Una de las líneas dominantes

es la preocupación pastoral de la Iglesia para la mejor adaptación a las circunstancias en las cuales Dios la sitúa en esta hora precisa de la Historia.

4. APLICACIÓN CATEQUÍSTICA.

Para que la adaptación resulte óptima en el terreno catequístico —considerado, sobre todo, como transmisión del Mensaje—, hay que adaptar el tema a las posibilidades del público: adaptar no significa mutilar el contenido de la Revelación, sino ver cómo tiene que ser presentado cada uno de los aspectos, tanto de la instrucción como de la educación religiosa, para que pueda establecerse, por lo menos, un inicio de diálogo interior entre catequista y catequizados.

Pero hay más. Confirmando lo indicado por San Agustín, no hay duda de que en todos los momentos de la catequesis, la comunicación efectiva entre catequista y catequizado puede romperse, y es arte consumado el saber manejar todas las posibilidades de la comunicación para que el Mensaje no quede interrumpido.

Todos los momentos de una catequesis son distintos; y también todos los días: los días parecen iguales tan sólo al catequista poco observador: el lunes es muy distinto del miércoles, y el viernes, del sábado; el calendario de fiestas influye en el clima del grupo de los catequizandos.

Pero faltará todavía al catequista adaptar lo que va a decir a su propio modo de ser; es decir, debe proceder a una previa asimilación del contenido, para no darlo nunca como cosa ajena, sino como algo —sí, de Dios y de la Iglesia—, pero perfectamente asimilado por él: ha de haberlo marcado con el sello de su personalidad, sin lo cual difícilmente cobraría interés ante los catequizados.

Con este espíritu de adaptación, aprendido de Dios, sobre todo en Jesucristo y de la Iglesia, el catequista ha de estar dispuesto a echar mano con libertad de los caminos (que esto son los métodos) que se le presenten, mientras sean legítimos. Con ello logrará, por lo menos, como punto de partida, «interesar».

Ha de convencerse de que si no logra por lo menos esto, su catequesis falla ya desde el arranque. Por consiguiente, el hacerse escuchar con gusto no puede ser considerado como una especie de lujo, una «suerte» que tienen ciertos catequistas. De ahí nuestra insistencia para hacer caer en la cuenta de que se trata de algo fundamental.

V.—SINTESIS

1. VISIÓN DE CONJUNTO SOBRE LAS CUATRO LEYES.

El primer paso de la fe es reconocer la total supremacía de Cristo (1.^a). Una vez reconocido esto, todas las realidades se ordenan y jerarquizan (2.^a). Las aparentes oposiciones se integran, y surgen caminos nuevos entre ambos órdenes (3.^a). El método de partida nos lo da Cristo al acercarse a nosotros de modo definitivo en su Encarnación (4.^a).

Podría decirse que, frente a nuestra tendencia a la atomización de datos, Jesús, único fundamento, une (1.^a); frente a nuestra tendencia a simplificaciones injustas con eliminación de datos, Jesús presenta la totalidad de la Revelación (2.^a); frente a nuestra tendencia a oponer o enfrentar las realidades naturales con las sobrenaturales, Jesús logra su plena reconciliación en sí mismo y en su doctrina (3.^a); frente a nuestra arbitrariedad, que nos lleva a acomodar todo según nuestra medida, Jesús se adapta a la debilidad de los suyos como primer paso de todo su ministerio (4.^a).

2. ORDEN DE UTILIZACIÓN DE ESTAS CUATRO LEYES.

Podría señalarse un orden «teórico-descendente»: desde Cristo, principio y fin de la catequesis, hasta la más humilde ley de adaptación en contacto directo con la debilidad de nuestros catequizados.

Pero habría que señalar al mismo tiempo un orden «práctico-ascendente», ya que no se llegará a establecer sólidamente a Cristo en el alma del catequizado si no se empieza por sintonizar con éste (ley de adaptación), para remontarse luego, con ayuda de los principios de integración y de totalidad, hasta culminar en Jesucristo, como único fundamento.

Lo que el artículo ha presentado en orden jerárquico, el desarrollo de la catequesis lo exige en orden inverso; y, en la preparación, ambos órdenes habrán de estar presentes, ya que se trata de ir a buscar al catequizado para hacerle ascender hacia Cristo, junto con nosotros.

S. Carlos Godoy, F.S.C.